



NECROLOGÍA

d _____ 84 años
1836. EL DR. EDUARDO LICEAGA. †1920. 25

La «Gaceta Médica de México» rinde un tributo de admiración y respeto a la memoria del Dr. Liceaga, la figura más prominente de la medicina mexicana durante los últimos años del siglo pasado, durante largo tiempo Director de la Facultad de Medicina, Presidente del Consejo Superior de Salubridad y Socio honorario de la Academia N. de Medicina.

Nuestro consocio honorario, D. Gregorio Mendizábal, compañero de estudios y amigo del desaparecido, ha escrito especialmente para la «Gaceta» a ruego nuestro, un artículo que dedica a la memoria venerable de D. Eduardo.

¡AETERNUM VALE!

La esperábamos y sin embargo nos sorprendió dolorosamente la mañana del día 14 del actual, la infausta nueva de la muerte del Dr. Licéaga, acaecida en las primeras horas de la noche anterior. La esperábamos de un momento a otro, porque le vimos la tarde del martes en su lecho de muerte presa de un *ictus apoplético* que hacía presumir el próximo y funesto desenlace. La vida de relación extinguida por completo y la orgánica sin control, luchando aún, haciendo sus postreros esfuerzos para animar aquella llama que en breve y fatalmente se extinguiría.

La triste noticia difundida por la prensa y transmitida por las vías telegráficas dentro y fuera del país, llevó el luto y la consternación a muchos hogares. Las sociedades científicas a todas las cuales pertenecía y donde había dejado indelebles huellas, se aprestaron a rendir el tributo merecido, el postrer homenaje al ilustre veterano, al campeón esforzado que consagró su vida entera al servicio de la ciencia, de la humanidad y de la patria.

La inhumación de su cadáver revistió la forma de un gran acontecimiento social que reveló la honda pena, el acerbo dolor y la conmoción profunda que este suceso produjo en los habitantes de la capital que se daban cuenta de la gran pérdida que sufrían.

Los médicos más connotados, la intelectualidad Capitalina estuvieron honrosamente representados en la fúnebre y significativa ceremonia.

Ante el féretro y en la tribuna improvisada al borde de la fosa que debía ocultar los restos mortales del ilustre desaparecido, desfilaron los oradores enviados por el Consejo Superior de Salubridad, las Asociaciones Científicas, la Escuela de Medicina y la Universidad Nacional. Todos ellos en forma galana, correcta y sentida desempeñaron su honroso encargo y a grandes rasgos recordaron los hechos culminantes de la vida científica y social del Doctor Licéaga, que le hicieron acreedor a los puestos elevados que ocupó y que desempeñó siempre con gran acierto, con suma probidad y con acendrado patriotismo.

No hay obra de alguna importancia realizada en nuestros últimos tiempos que no se deba en todo, o en parte, a su fecunda iniciativa.

El desagüe del Valle de México, la nueva organización del Consejo Superior de Salubridad, el Código Sanitario, el Hospital de Infancia y la consulta anexa que lleva su nombre, el saneamiento de nuestros puertos, el plan de estudios de la Escuela de Medicina, la extinción de la fiebre amarilla en el litoral del Golfo, así como la disminución notable del paludismo, la vacuna antirrábica; y la heroica campaña contra la peste negra que logró extinguirla en su cuna en Mazatlán y salvó al país de esta gran calamidad.

Cualquiera de estos hechos tan importantes, por tan trascendentales, bastarían para hacer la reputación de un hombre y hacerlo merecedor a las consideraciones, al respeto y a la veneración del pueblo más culto de la tierra.

Pero no somos nosotros los llamados a discernir la inmortalidad al Doctor Licéaga; nuestros juicios podían ser tachados de parciales y de exagerados, dictados sólo por el cariño y la admiración que le teníamos. A los pósteros tocará decretar la ardua sentencia, como decía el Dante, y esta posteridad, representada por algunos médicos jóvenes que podrían llamarse su vanguardia, que acaban de ocupar la tribuna, participa de nuestro modo

de sentir y de pensar y sabrá dar forma a nuestros anhelos, imprimiéndoles el sello de la justicia y del deber.

Casi todos los oradores que elevaron su voz en el acto de la inhumación, pero especialmente los Doctores García y Pruneda, se refirieron a las grandes virtudes del Doctor Licéaga, que aureolaron su vida científica y tanto contribuyeron al gran ascendiente que tuvo siempre sobre todo el mundo y al buen éxito de las obras que emprendiera.

Fué siempre la encarnación del *vir bonus* de Cicerón. Desde estudiante era un modelo de caballerosidad, un dechado de prudencia, estudioso, discreto, afable con sus compañeros, respetuoso con sus superiores y recto en todos sus actos; nunca mezquino interés torció su senda, pues sabía bien que tanto en el orden moral como en el físico, el más grande siempre es el que va más recto.

Era benévolo en sus censuras y amante de la verdad, pero para él la verdad que no era caritativa no procedía de caridad verdadera; meditaba siempre sus respuestas, era muy reflexivo y acertaba, porque si debe pensarse siempre lo que se dice, está uno dispuesto de decir todo lo que piensa; era atento con todo el mundo, escuchaba con interés verdadero o aparente, por lo menos, cuanto se le insinuaba; poseía desde joven, cual si hubiera llegado ya a la edad proveya, tres grandes paciencias, que hacen adorable a los hombres en sociedad: la paciencia del carácter revelado por la cortesía, cortesía que como sabemos, es la imagen de la bondad del hombre, el tacto de la inteligencia; la paciencia del alma que engendra la perseverancia con la que tanto se logra en la vida, y la paciencia del corazón que produce la conformidad que muchas desazones nos evita, aunque tantas lágrimas a veces nos cuesta.

La paciencia es ariete formidable que remueve y vence las mayores resistencias; la gota de agua que cava y perfora la piedra, las raíces de aquella memorable higuera que llegaron a levantar grandes y pesadas piedras en las murallas de Mesenia, construidas por Epaminondas.

El Doctor Licéaga no fué, por lo visto, sólo un sabio: atesoraba grandes virtudes, entre las cuales descollaba su bondad por la que tanto fué amado; poseía lo que allá tiempo atrás se llamaba la verdadera sabiduría, es decir, el consorcio del saber y de la virtud. La virtud siempre será la mejor compañera de la ciencia, y el suave aroma, como decía Bacon, que le impida corromperse.

Los sabios suelen ser inaccesibles, hoscos, hasta parecer a veces peleados con la humanidad que los respeta y aun los admira, pero nunca podrá amarlos, y desgraciado el que no siente el amor de sus semejantes a quienes nunca tampoco ha amado. Hay que recordar las palabras de la Doctora de Avila, quien refiriéndose a Satanás le llamaba desgraciado porque nunca amó.

Gozó el Doctor Licéaga de una vida dilatada que supo emplear y aprovechar a maravilla. Era el orden personificado; sabía bien distribuir su tiempo y conceder a cada cosa el necesario e indispensable. Ese es el secreto del provecho que supo sacar siempre de las obras que emprendió, y como era profundamente desinteresado, los beneficios redundaban en favor de la patria, y de la humanidad y de la ciencia.

Con eclipses parciales de sus sentidos y el agotamiento propio de su edad, conservó hasta el último momento sus facultades intelectuales, morales y afectivas y la muerte misericordiosa no le asestó, para arrebatárnoslo, ninguno de sus dardos más venenosos.

Cristianamente preparado y presa de letargo prolongado, sin sufrimiento de ningún género, sin la visión aterradora del dolor de los seres queridos que tanto deben amargar los últimos instantes de la vida, se durmió tranquilamente, dulcemente, santamente, en el Señor.

Era un creyente, sabía que nuestra fugaz existencia no es más que una sombra que pasa; que no puede estar vinculada la felicidad en cosa tan efímera; que algo debía haber más allá donde encontrar el premio de las buenas acciones. Para él la noche de la tumba no tuvo esas lóbregues que intimidan, porque ateniéndose al proverbio árabe, había encendido en vida la antorcha de sus buenas obras que la iluminaron con luz meridiana.

Nosotros deploramos, lloraremos su eterna ausencia por lo mucho que le amábamos y por la falta moral que nos hace, pero dejando a un lado egoísmos que son malos consejeros, hay que convenir en que necesitaba ya el descanso; que su misión en la vida había concluido, porque los hombres de su talla no hallan el descanso más que en la muerte que para ellos es una verdadera redentora. Ya debía ir a ocupar el lugar que le corresponde en esa hermosa constelación que dignifica el cielo de la patria.

La muerte nos despoja de riquezas, honores y vanidades, pero nos viste con nuestras propias obras, con ellas puede comparecer el Dr. Licéaga, tranquilo, ante el tribunal de la eternidad y ante el fallo de la historia.

El filósofo Herder, en uno de sus apólogos, refiere que un hombre tenía tres amigos, de los cuales eran preferidos los primeros, porque el tercero, que era el que más le amaba, a él le era indiferente.—Acusado un día de un crimen grave, fué llevado ante la barra de la justicia. Solicitó de sus tres amigos fueran a atestiguar su inocencia; el primero se excusó, porque otros negocios se lo impedían. El segundo llegó con él hasta las puertas del tribunal y regresó sin cumplir su objeto, mas el tercero, con quien menos había contado, fué el que le defendió, el que demostró su inocencia y lo hizo con tales razonamientos, que el juez no pudo menos que absolverlo y hasta recompensarlo.

El primero de esos amigos, dice Herder, es el dinero, que suele ser el más querido y que nos abandona en el último trance, cuando más, cuando no es bien distribuido, sirve sólo para levantar un suntuoso mausoleo que suele ser el último baluarte de la vanidad humana. El segundo está simbolizado por los parientes y amigos que suelen llegar hasta el cementerio, arrojar un puñado de tierra en la fosa y regresar después a sus hogares; pero el tercero, el que menos preocupó a nuestro hombre, estuvo representado por sus buenas obras, que fueron las que obtuvieron la completa absolución.

Las buenas obras son en efecto, el más importante, el mejor y verdaderamente el único pasaporte para el viaje sin regreso; son las que dejan hondas y perdurables huellas en el camino de la vida, la hacen amable y señalan como las piedras blancas las etapas de la existencia; despiertan la emulación, que es la forma noble de la envidia y enseñan el camino de la felicidad que puede condensarse en estas pocas frases: La satisfacción y el contento de sí mismo, la paz del alma.

El Doctor Licéaga pudo muy bien decir como el célebre Franklin, aquel demócrata americano que arrebató el rayo al cielo: «Si he tenido la dicha de seros útil, la sola recompensa que deseo es que vosotros estéis también dispuestos a servir a cualquiera que necesite de vuestro auxilio, a fin de que se establezca de esa manera la reciprocidad de beneficios, porque el género humano no debe formar más que una sola familia.»

La generación actual no lo olvidará fácilmente, porque asistió a su obra, recogió sus óptimos frutos. Pero la memoria de los pueblos como la de los hombres suele ser frágil; además, es debido premiar a quien tanto honró a la humanidad; y dejar una página indeleble que perpetúe su memoria. La Avenida del Hospital General, hoy de los Niños Héroe, debe llevar con toda justicia el nombre de Avenida Eduardo Licéaga, en uno de los mejores jardines públicos, en nuestra Alameda, por ejemplo, debe erigirse, por subscripción nacional, un monumento digno del objeto, así como de nuestra cultura y allá en la Isla de Sacrificios del Puerto de Veracruz, debe levantarse un faro gigantesco de primer orden,

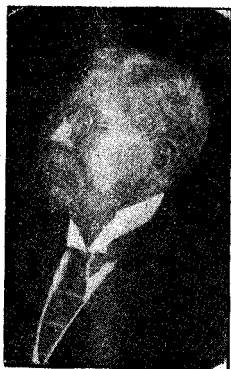
que en las soledades y negruras de la noche, a muchas millas de distancia, recuerde a los que vienen a nuestras p'ayas que pueden llegar tranquilamente, debido al talento, a la gran voluntad de un hombre que hizo desaparecer el fantasma de la fiebre amarilla, que era el azote de nuestras costas.

¡Salve, insigne y querido amigo! Ya has ganado la última batalla, te hallas en plena posesión de la verdad; estás cosechando lo que sembraste; no nos olvides desde la eterna mansión donde moras, y como velas por tus hijos adorados, vela también por nosotros y por esta patria adolorida, a quien tanto amaste y supiste honrar.

Enero de 1920.

G. MENDIZÁBAL.

DOS MEXICANOS DISTINGUIDOS.



Rese a las diferencias políticas que los separan, juntamos en esta página a dos caballeros que han sabido dar honra a la Patria y a quienes la Academia Nacional de Medicina es deudora de señaladas atenciones:

El señor Licenciado D. José Natividad Macías, quien en su capacidad de Rector de la Universidad Nacional nos ha prestado su apoyo y nos ha infundido ánimo en nuestras tareas, ha recibido el diploma que lo acredita de Doctor en Derecho *honoris causa* de la Universidad de Arizona, y, con un empeño que lo engrandece, se ha constituido en el campeón del intercambio universitario entre nuestro país y la portentosa nación que diera al género humano titanes de la talla de Franklin, Washington y Lincoln.

El señor Ingeniero Félix F. Palavicini, liberal de buena cepa, periodista progresivo y patriota como el que más, luego de haber sido paladín de la causa del Derecho en la contienda que asoló al mundo, nos ha permitido la satisfacción de ver honrada en su persona a la intelectualidad mexicana, al recibir las condecoraciones que ostenta de Caballero de la Orden de la Corona, de Italia; Caballero de la Legión de Honor, de Francia, y Comendador de la Orden del Imperio Británico.

La iniciativa suya de reunir un Congreso Mexicano del Niño, cuya convocatoria aparece en otro lugar, es un pensamiento grandioso que elogiamos con todo agrado.

En homenaje a estos dos esforzados luchadores del pensamiento, el Comendador Palavicini y el Doctor Macías, publicamos estas líneas, haciendo votos porque ambos continúen dedicando sus talentos y energías en pro de los altos y sagrados intereses nacionales.

